Capítulo 1

El desafío de la complejidad urbana. Los imaginarios urbanos y la evangelización urbana

JAIME ALBERTO MANCERA CASAS, Pbro.

Introducción

La visión renovada sobre el Reino de Dios y la Iglesia, dentro del proceso de recepción y apropiación del Concilio, han ocupado un lugar significativo; sin embargo lo que se refiere a la relación con el “mundo”, ha sido un campo bastante polémico, difícil para discernir y con tendencia a permanecer en posiciones polarizadas, antes que conciliatorias.

Ese mundo, como lugar concreto donde se hace presente el Reino y en donde se encarna la Iglesia como servidora del mismo, halla hoy su expresión más completa en las grandes ciudades, que junto a un proceso de urbanización de las culturas definen hoy la vida de más de la mitad de los habitantes del planeta tierra.

De ahí que el primer desafío para nosotros como evangelizadores, pero también para toda la sociedad humana, sea conocer y comprender el fenómeno urbano, para poder actuar en él desde los criterios del Evangelio, comprendiendo sus implicaciones para el servicio al Reino de Dios y para la edificación de la Iglesia, en medio de él, como sacramento de salvación. ¿Qué es la ciudad?, ¿qué es el fenómeno urbano? o mejor aún, ¿qué es Bogotá? ¿Cómo se define y construye lo

urbano en Medellín? ¿Qué significa ser un ciudadano caleño? Son preguntas que debemos hacernos hoy y que nos lanzan a un exigente proceso de discernimiento teológico-pastoral, y a un ejercicio de interdisciplinariedad con las ciencias humanas, que nos permita tener en cuenta ciertas problemáticas y categorías de análisis pertinentes para realizar nuestra propia lectura teológica y para el planteamiento de nuestra tarea evangelizadora. Compromiso, que se hace mayor, cuando las mismas ciencias humanas aceptan sus límites y se reconocen en estado de búsqueda interdisciplinaria (Ricub, 1997). De ahí también la necesidad de valorar y discernir la multiplicidad de aproximaciones a la hora de los planteamientos pastorales (Bravo, 1994, pp.12-17).

Se reconoce, entonces, que el conocimiento de lo “urbano”, fundamento de la reflexión sobre la evangelización, va más allá de una simple percepción inmediata y de una captación de datos sobre la ciudad, y se abre a todo un proceso epistemológico y hermenéutico complejo que integra diversas categorías geográficas, económicas, políticas, socioculturales y religiosas; que debe atender a los aspectos comunes y a los particulares, a componentes estructurales y coyunturales, así como a los diagnósticos precisos y sistemáticos, globales y sectoriales, seculares y religiosos, y a las proyecciones sobre los mismos. Además, es necesario considerar la ciudad dentro del contexto de la globalización y sus tendencias, pues encuentra en ella su centro de comunicación y expansión privilegiado.

El recurso a la historia de las ciudades como una categoría de comprensión, también es importante, pues al hacer una aproximación a su evolución se van reconociendo los aspectos que marcan la identidad de cada ciudad; los elementos esenciales que le dan sentido, y los que son simplemente transitorios. Es un hecho, que las urbes latinoamericanas encuentran las raíces de su identidad, no solo en el proceso de industrialización vivido en el siglo XIX, sino también en los acontecimientos de su colonización española o portuguesa y en los procesos de independencia y vida republicana, que han dejado su huella en ellas (González, 1983, p. 102). Esta visión histórica es cuestionada por algunos, que desconfían de una reflexión que tenga como presupuesto la continuidad fundamental de la ciudad, desde los tiempos bíblicos hasta hoy, dada la complejidad y la especificidad de la ciudad

contemporánea, y postulan la necesidad de estudiar cada ciudad en su momento histórico, en su dinámica específica, en sus complejas relaciones con el sistema político-económico mundial actual. (Antoniazzi, 1994, pp. 77-79).

Son muchas las categorías y datos que nos podrían hablar sobre la realidad del contexto urbano, dependiendo de las escuelas, de los enfoques que tengamos en cuenta. En este artículo tendremos en cuenta solo a la ciudad en cuanto contexto complejo y sus implicaciones en el desarrollo de la tarea evangelizadora.

La ciudad como contexto complejo

La ciudad no es simplemente la suma de individuos o de estructuras sociales, sino que se configura por la articulación e interacción de muchas coordenadas, dando lugar a un contexto urbano, ambiente o dinámica dentro del cual se desenvuelve la vida diaria. El aspecto más significativo del contexto urbano es la tensión en la que deben vivir los ciudadanos, cuyas características más relevantes (Mongin, 2006), de acuerdo con nuestra intencionalidad evangelizadora, y basado en la opinión de algunos pastoralistas, son:

Tensión entre el sistema y el mundo vital, entre lo público y lo privado.

La vida de los ciudadanos se desenvuelve hoy en medio de la tensión constante entre lo público y lo privado, el sistema y el mundo vital, lo estructural y lo vivencial, lo global y lo local. En la cultura agraria los límites entre estas dimensiones de la vida estaban bien definidos, pero actualmente dichos límites se han perdido y se da una mutua intervención, generando un ambiente complejo en medio del cual los individuos deben construir y dar sentido a sus vidas (Antoniazzi, 1994, p. 80)

- a) *El sistema - estructuras sociales – lo público*: es la esfera de las macroestructuras económicas, políticas, sociales, técnicas, que actúan de manera auto referencial y cuyas actividades condicionan a los individuos. Dichas estructuras se reconocen de acuerdo con indicadores propios que permiten tener una visión del sistema dentro del cual se desenvuelven los ciudadanos (Wanderly,

1994, pp. 56-60); estructuras que viven en permanente alteración y diversificación.

Algunos rasgos que caracterizan el sistema urbano latinoamericano actual, mencionados en los análisis de los teólogos, son:

- El neoliberalismo, como ideología dominante del sistema, ha conducido a la concentración de capitales en ciertos sectores sociales, en detrimento de otros, generando el empobrecimiento de muchos, la falta de un desarrollo humano y social más democratizado, y por tanto dinámicas de exclusión a nivel del trabajo, de la vivienda, de la educación, de la cultura, del comercio, de los bienes y servicios; se ha desarrollado un círculo vicioso de injusticias y violencia que se teje sobre todo en los contextos de la periferia urbana, sin un mayor compromiso de justicia social por parte del Estado y de los demás ciudadanos, y que se complica cuando los centros de decisión se han desplazado a otros contextos, por causa de la globalización de la economía. La falta de inversión económica y social en el campo ha llevado a la migración forzosa hacia las ciudades en busca de mejores oportunidades de trabajo; pero la mayoría de los migrantes o desplazados, al no ser incluidos en los sistemas productivos, terminan en situaciones infrahumanas en las periferias. (Contraloría Nacional de la República, 2002, pp. 3-40).

Detrás de estas situaciones sociales hay también un contexto de desarraigo cultural, ante la imposición de formas de pensar, actuar, sentir y expresarse, por parte de quienes controlan los medios masivos de comunicación y los ponen al servicio de intereses particulares.

- En la vida pública de la ciudad han surgido nuevos actores sociales que hacen parte de las dinámicas urbanas. Actores o sujetos que desarrollan una presencia y un papel activo en la construcción de la ciudad o que reclaman precisamente sus derechos en esa gestión. Trabajadores, desempleados, asociaciones civiles, empresarios, comerciantes, industriales, afroamericanos, etnias indígenas, mujeres, jóvenes, niños de la calle, prostitutas, organizaciones no gubernamentales (ONG) etc. tienen una presencia que día a día va influyendo más en la configuración de las ciudades latinoamericanas (Wanderly, 1994, pp. 52-56).

- Como ya se ha comentado, durante la década de los 60 se afirmó la desaparición de la religión ante el avance del secularismo. Sin

embargo, en los siguientes años se ha tenido que reconocer su protagonismo social y político dentro de la sociedad, en diversos países y circunstancias. Esta presencia pública de las instituciones religiosas hoy está marcada por una polarización de tendencias: una neoconservadora, reivindicando la unidad religiosa de la sociedad, y otra progresista, aceptando la pluralidad e inclinándose por un macro-ecumenismo en el servicio a la sociedad. (Antoniazzi, 1997, pp. 76-79).

- b) *El mundo vital - vida cotidiana – lo privado*: es la esfera de la experiencia subjetiva de los ciudadanos, quienes al trabajar, establecer relaciones, sufrir, gozar, en medio del sistema, van dando un sentido a sus vidas. En la evolución de los análisis sobre la ciudad se ha reconocido al ciudadano inmerso dentro de una cultura, no como un sujeto pasivo ante las estructuras y sus ideologías, sino como un sujeto que afronta, padece, reelabora, y asume desde su propia situación dichas estructuras, llegando a influir sobre ellas.

La vida cotidiana, sus ritmos, sus dinámicas subjetivas, sus ritos y símbolos, adquieren entonces un valor fundamental para el análisis de la ciudad, puesto que permiten reconocer las redes que se tejen, paralelas a las estructuras y que junto con ellas, conforman el entramado de la ciudad. Este reconocimiento no se hace sin referencia a una crítica del sistema, pues puede terminar encubriendo el orden subyacente y objetivo dictado por los intereses económicos y políticos que apoyan una cultura fragmentada.

Al mirar la ciudad desde la óptica de los ciudadanos, se puede reconocer la vida urbana como un drama, en el que ilusiones, anhelos y aspiraciones se ven frustrados o cumplidos con gran esfuerzo. El deseo de lograr mejores niveles de vida, adquirir una mejor educación, disfrutar y admirar la fascinación de la ciudad, arrastra a los hombres del campo hacia la ciudad, introduciéndolos en un contexto que no se entiende y que se experimenta como caos. De ahí la necesidad de encontrar espacios o momentos donde se pueda transformar ese caos en cosmos: se amplía el concepto de vida familiar, se multiplican los compadrazgos, las fiestas, se generan modos alternativos de subsistencia económica (prestamistas, casas de empeño, economía informal

etc.), se “marcan” territorios generadores de identidad, la religiosidad popular adquiere una fuerza particular junto a elementos mágicos, se crean nuevas formas de juego y recreación (Méndez, 1990, pp. 56-59). La ciudad puede ser un caos o un cosmos para sus habitantes; su identidad vive en esa tensión, entre el sentido y el sin sentido:

En este momento, sintiendo la amenaza del caos, el ciudadano pide a la ciudad respuestas, sentidos; le pide que ella misma sea una respuesta a sus exigencias de sentido. Las cosas de la ciudad tienen sentido y por tanto dan respuesta a la ansiedad del ciudadano si sirven para que él se realice más plenamente como hombre. (Méndez, 1990, p. 58)

La ciudad vivida por sus habitantes, también está marcada por una permanente absolutización de las individualidades, al margen de una dimensión social de la existencia. La experiencia individual se pone como criterio exclusivo de las verdades y de las decisiones, al margen de las realidades sociales, creando una ética del instante, de la urgencia y del bienestar personal. Este individualismo también es causa de exclusión y de la falta de solidaridad para con los más pobres y marginados, pues aparta a las personas de todo compromiso real con los otros, de todo punto de referencia absoluto, remitiéndose únicamente a sí mismos como instancia última (Libânio, 1996, pp. 16-18).

Por tanto el habitante de la ciudad desarrolla su existencia inmerso en estas dos esferas: condicionado por el sistema y las estructuras sociales, pero a la vez, en una reelaboración y reapropiación de la ciudad desde su experiencia vital cotidiana, que también llega a condicionar el sistema. Existe una ciudad planeada y simultáneamente una ciudad vivida. Uno de los retos actuales está precisamente en superar la dicotomía que hay entre estos dos ámbitos, buscando que el sistema tenga como punto de referencia las necesidades y finalidades de los individuos y adquiera un sentido más humano; y que a la vez los individuos asuman sus responsabilidades frente a la ciudad. Reto que plantea también a la Iglesia y a todos sus miembros. (Comblin, 1996, pp. 18-30).

Entre lo individual y lo plural, heterogéneo y multicultural

El pluralismo¹ es un elemento primordial de la ciudad. En ella no se encuentra una única forma o modo de ver la vida y de juzgar el valor de los acontecimientos, pues conviven diversas concepciones y criterios en torno a las mismas realidades. Ya no hay una sola mentalidad o patrón de costumbres desde los cuales se interprete todo, como se hacía en los pueblos. La ciudad presenta variedad de experiencias, nuevos paradigmas, en todas las áreas de la vida. Pero

El pluralismo de modos de vivir y pensar, al mismo tiempo que libera a las personas de rígidos cánones, las desorienta por la pérdida de referencias fundamentales y de relaciones primarias que la ciudad menor tenía, generando fragmentación de la vida y de la cultura. (Libânio, 1997, p. 42).

La heterogeneidad²:

La ciudad no es una sociedad homogénea como la aldea; es esencialmente diversidad y heterogeneidad; idealmente es el encuentro de los valores humanos del universo. El humanismo urbano crece por el contacto de las diversidades. La ciudad es unidad de las variedades por la conciliación y la síntesis superior entre los antagonismos. (Comblin, 1967, p. 143).

También se puede afirmar que:

La ciudad es cruelmente heterogénea. Puede guardar lo autóctono, lo raizal, como una huella ciertamente; o como una de sus curiosidades que puede ser mirada con simpatía y nostalgia. Pero su verdadera ley es ir superando e ir dejando atrás (Méndez, 1990, p. 15).

La multiculturalidad³: El momento presente camina a una revaloración de las culturas. En la gran ciudad no hay una cultura monolítica,

1 Se entiende por «pluralismo», el sistema por el cual se acepta o reconoce la diversidad de doctrinas o posiciones.

2 Se entiende por «heterogéneo», el compuesto de partes de diversa naturaleza u origen.

3 Se entiende por «multiculturalidad», la convivencia simultánea de diversas culturas.

uniforme, sino que va dándose una convivencia de muchas culturas y por tanto de expresiones culturales. Cada cultura exige respeto y participación en la organización social. Se habla entonces de las culturas indígenas, afro-americanas y mestizas; de la cultura de las mujeres, de los jóvenes; de la cultura de los distintos barrios etc. (Comissao Episcopal Regional, 1981, p. 30).

Todo este contexto, de lo múltiple, lo diverso, lo plural, presiona a los habitantes hacia una cierta tolerancia, aprendiendo a convivir con las más diferentes posturas, favoreciendo el respeto de la subjetividad, pero impregnando la conciencia de un relativismo delante de los valores, las verdades y los comportamientos. (Libânio, 1972, p. 233).

Y es en este contexto en el cual deben desarrollarse las individualidades, la originalidad de cada persona, encontrando por un lado un ambiente propicio, pero por otro lado, lo masivo lleva a buscar la originalidad por fuera de las márgenes de la cultura o en una actitud contracultural, y sobre todo en el ámbito del consumo. (Ramos, 2008).

Entre la libertad y la fragmentación

La primera visión que se tiene sobre la ciudad resalta lo negativo, pero es un hecho que la estructura de la ciudad, su organización, su vida en general tiene aspectos que favorecen la libertad de los habitantes, en cuanto fomentan un mejor ejercicio de la capacidad de autodeterminación, de toma de decisiones. Esa libertad está favorecida por distintos aspectos: Las múltiples ofertas y posibilidades a la hora de tomar decisiones; las posibilidades de escoger las personas para relacionarse; la posibilidad de confrontar ideas con otros; la disminución del control social y religioso; el acceso a mayor información; la mujer en la ciudad se reconoce más independiente; la ciudad se considera el espacio propio de los jóvenes; en la ciudad han surgido los movimientos que luchan por los derechos humanos y sociales.

Este aire de libertad genera por supuesto mucha frustración, al empezar a descubrirse que las posibilidades de elección están condicionadas por muchos aspectos, sobre todo por la condición socioeconómica. Pero ante la posibilidad de regresar la respuesta no siempre es positiva, porque se han respirado ciertos aires que no se quieren perder. El sentido de identidad, de pertenencia entra en crisis, ante el cúmulo de posibilidades que no se quieren dejar.

La multiplicidad de culturas, pensamientos, informaciones y ofertas impide captar la realidad bajo una sola mirada para reconocer su unidad, generando una fragmentación de la identidad personal y cultural. Los ciudadanos participan, con un ritmo acelerado, de diferentes segmentos de la vida de la ciudad: estudio, transporte, recreación, trabajo, grupos de interés, etc., lo cual produce experiencias múltiples, pero efímeras y fragmentadas. Esta experiencia de fragmentación crea un colapso a la hora del ejercicio de la libertad, de dar significado a las cosas y sobre todo a la hora de dar un sentido a la vida, desde la dimensión religiosa. (Cruz, 1993).

Entre la red de relaciones y de dependencias humanas

En una ciudad la especialización de funciones hace que se necesite de un ejército de trabajadores para poder tener cualquier cosa, aun un pedazo de pan. Hora tras hora dependemos de miles de personas. Todos dependen de todos. De ahí que con facilidad se generen conflictos, pero también la posibilidad y necesidad de formar una conciencia comunitaria.

Se necesita de una “ecología urbana”, de un equilibrio, de una preservación del medio ambiente necesario para que haya una calidad de vida (como cuidado de las calles, las plazas, respeto con todo lo que sirve a la comunidad). Dañar lo que es de la comunidad es lesionar al hermano en sus derechos.

Esta dependencia, a pesar de ser fundamental, no es visible de forma inmediata. Ver esta relación exige una educación. El mismo trabajo es un servicio a la colectividad, sin olvidar sus propios conflictos.

La proximidad física o geográfica, sin embargo, ya no es el criterio de las relaciones. Hoy se escoge a las personas con las que se quiere entablar una relación, puesto que es imposible tener intimidad con toda la gente con la que compartimos el espacio. La territorialidad es hoy construida desde lo geográfico, pero también desde los intereses personales. Si no me gusta la parroquia busco otra. Surgen grupos según intereses, los cuales tienden a cerrarse o ser autosuficientes. El gran objetivo de los grupos se vuelve “pertenecer al grupo”, en vez de asumir, con la ayuda del grupo, los proyectos por la construcción de la sociedad.

Entre la red de informaciones y desinformaciones

Los habitantes de las ciudades son bombardeados por una cantidad enorme de informaciones, que no siempre consiguen asimilar, pero que sin duda modifica sus horizontes de comprensión. La carga de informaciones contribuye a formar un espíritu crítico y de controversia. La información contribuye a aumentar las diferencias entre generaciones y entre grupos. La multitud de comunicaciones y de experiencias a las que se tiene acceso en la ciudad, genera una especie de competencia por captar la atención de los ciudadanos. La ciudad es hoy una red de comunicaciones e informaciones, imposible de controlar, o de captar en su totalidad. Únicamente podemos tener percepciones de fragmentos de esta red, de la cual solo somos un nodo más.

Entre «lo tiene todo» o «no tiene nada»

Existe la idea de que en las ciudades se consigue todo; se pueden hacer todo tipo de compras, se va a estudiar en las mejores instituciones; están los hospitales especializados, las posibilidades de trabajo. Las ciudades lo tienen todo para todos. Sin embargo, luego de un tiempo de estar en la ciudad se descubre que la posibilidad de acceder a todo no es tan cierta, pues los bienes y servicios no alcanzan para todos. De ahí que se hable de las dinámicas urbanas de exclusión y de inclusión.

Además, muchos de esos bienes y servicios sirven como marcas de un status o prestigio social, particularmente fascinante para los jóvenes, que están en un proceso de autoafirmación y necesitan de esas señales para sentirse socialmente aprobados.

La tecnología que se halla en las ciudades da un rostro particular a la vida de los ciudadanos, pero no es directamente proporcional a la calidad de vida de los habitantes. Junto a los avances tecnológicos conviven circunstancias anti o inhumanas que no permiten un auténtico desarrollo. Pero es un hecho que la tecnología le da un rostro a la ciudad.

La variedad se tiene también en el campo religioso: religiones, esoterismos, filosofías de la vida se ofrecen como en un mercado de la fe, para que los clientes escojan y hagan combinaciones según sus necesidades. (Benedetti, 1994, p. 70).

Las actividades lúdicas son la mayor oferta, puesto que se convierten en alternativa frente a la rutina y el ritmo pesado de la vida. Las prácticas religiosas entran necesariamente en competencia con esta oferta.

Hombres y mujeres conviven diariamente con ideas y modos de vivir diferentes, en una ciudad multicultural y perciben que hay muchas formas de hacer el bien, diferentes de las que se postulaban como las únicas. La multiplicidad urbana cuestiona los moralismos y los preconceptos. Muchos valores fundamentales y necesarios son relativizados. Pero también nuevas formas de pensar pueden surgir.

La ciudad como construcción social que hacen los sujetos

En el desarrollo de las ciencias que investigan la ciudad, la pregunta por la identidad de la misma se ha ido transformando en otro cuestionamiento: ¿qué es ser urbano en nuestras sociedades urbanas? ¿Qué significa ser ciudadano hoy?, ¿cómo se lleva a cabo este proceso? Se ha dado un desplazamiento de la visión geográfico-espacial, arquitectónica y organizativa de la ciudad hacia una comprensión más antropológica de la misma y comprendiéndola como una red cargada de múltiples relaciones y significaciones en permanente construcción y expansión (Silva, 1997).

La ciudad es un fenómeno que se abre en muchas dimensiones y que actúa en múltiples interacciones tejidas por lo histórico-social. Es una “unidad” socio-espacial que sirve de soporte a la producción cultural, a la innovación social y a la actividad económica de la sociedad contemporánea. Debe ser pensada desde la perspectiva de la complejidad; es un tejido de significaciones heterogéneas inseparablemente asociadas y diferenciadas; presenta la paradoja de lo individual y lo múltiple en la confluencia de eventos, acciones, interacciones, retroacciones, determinaciones, azares, que constituyen el universo de lo urbano, como creación (Giraldo, 1996, p. 15).

La ciudad es entonces considerada, no como algo estático o como algo ya dado, sino como una realidad sociocultural en permanente creación o construcción; en ella, lo físico produce efectos en las maneras

de darle sentido a las cosas de la ciudad, lo objetivo sobre lo subjetivo, y a la vez, las representaciones que se hacen los sujetos sobre la urbe afectan y guían su uso social, su concepción espacial. Los ciudadanos dejan de ser vistos como simples objetos pasivos y empiezan a ser reconocidos como actores capaces de dar rostro concreto a la vida de la ciudad, en una interacción compleja de muchos factores.

Tal como cualquier otro ser vivo produce su entorno, en el momento contemporáneo nosotros producimos la ciudad que, a su vez, nos produce para que la reproduzcamos, en un movimiento constante que, sin embargo, adquiere sentido creativo cuando con la imaginación (esto es, la psiquis, el lenguaje, la discusión, la participación) los humanos podemos revolucionarlo para producir una urbe diferente. (Viviescas, 2000, pp. 51-52).

La ciudad vivida, interiorizada e imaginada por los ciudadanos adquiere entonces toda su importancia, pues se convierte en factor determinante del proceso de creación permanente de lo urbano, del rostro concreto de cada ciudad, que se parece a sus creadores, quienes a su vez son hechos por la ciudad.

Lo subjetivo, lo simbólico, lo imaginario, adquiere un valor clave a la hora de comprender la complejidad de nuestras ciudades, pues aunque hay una interacción con lo objetivo, lo racional, lo visible y cuantificable, sin embargo la cultura latinoamericana, se define más por sus fantasías, sus simbolismos e imaginarios sociales, capaces de dar un rostro concreto a nuestras ciudades, tal como lo analiza el antropólogo colombiano Armando Silva en todas sus investigaciones urbanas (Silva, 1997), o como lo expresa muy bien la narrativa latinoamericana, y que García Márquez llama: “realismo mágico”.

Desde este paradigma de comprensión de la ciudad, se reconocen otras categorías significativas de carácter simbólico, no tenidas antes en cuenta, a la hora de comprender al sujeto urbano dentro de su contexto, pero que son pertinentes desde nuestra perspectiva evangelizadora. Particularmente nos fijaremos en los imaginarios sociales urbanos.

Los imaginarios sociales urbanos

Cuando se habla de los imaginarios sociales urbanos se hace referencia al proceso de construcción social de la realidad urbana, a la manera como los individuos y los grupos sociales entran en la construcción

de lo que llamamos “ciudad” o “lo urbano”, junto al desarrollo y planeación que hacen de ella sus organismos oficiales.

Junto a la realidad física y geográfica, es decir, a la ciudad objetiva, hay que reconocer la ciudad subjetiva, construida por mecanismos psicológicos y simbólicos interactivos, por los territorios virtuales que marcan los ciudadanos con sus usos, recorridos, evocaciones y sueños; por las rutinas y ritmos que establecen; por las redes de significación que se tejen. De ahí que se hable hoy de cómo múltiples ciudades existen simultáneamente en una: la ciudad planeada, la ciudad usada, la ciudad soñada; o la ciudad racionalizada, la ciudad vivida, la ciudad imaginada, etc. (García Canclini, 1997).

La ciudad aparece como una inmensa red simbólica originada en el deseo e imaginación de sus habitantes, quienes desde sus imaginarios urbanos se apropian de sus espacios, y junto con las realidades objetivas, le dan a la ciudad un estilo particular. Cada ciudad se parece a sus creadores y éstos a su vez son creados por su ciudad. Así lo expresan los antropólogos Néstor García Canclini y Armando Silva:

Ante todo, debemos pensar en la ciudad a la vez como lugar para habitar y para ser imaginado. Las ciudades se construyen con casas y parques, calles, autopistas y señales de tránsito. Pero las ciudades se configuran también con imágenes. Pueden ser las de los planos que las inventan y las ordenan. Pero también imaginan el sentido de la vida urbana las novelas, canciones, películas, los relatos de la prensa, la radio y televisión. La ciudad se vuelve densa al cargarse con fantasías heterogéneas. La urbe programada para funcionar, diseñada en cuadrícula, se desborda y se multiplica en ficciones individuales y colectivas. (García Canclini, 1997, p. 109).

La ciudad corresponde a una organización cultural de un espacio físico y social (...) Podemos decir que lo real de una ciudad no está sólo en su economía, su planificación física o sus conflictos sociales, sino también en las imágenes imaginadas construidas a partir de tales fenómenos y también las imaginaciones construidas por fuera de ellos, como ejercicio fabulatorio, en calidad de representación de sus espacios y de sus escrituras. (Silva, 1997).

La ciudad es entonces el resultado de muchos puntos de vista ciudadanos, el efecto de muchos deseos; de la ciudad vivida, interiorizada y proyectada por los grupos sociales que la habitan, la recorren e

interactúan con ella. La ciudad es creación de los imaginarios urbanos de los ciudadanos, es decir, del conjunto de imágenes mentales y deseos de la colectividad, adquiridos a lo largo de su historia, que organizados por las mediaciones simbólicas (mitos, símbolos, ritos, creencias, mentalidades etc.), expresan una visión del mundo, unos valores, unos significados, existenciales que posibilitan y condicionan la percepción e interpretación de la ciudad; la construcción de sus realidades sociales y sus modos de vivirlas y proponerlas; las instancias críticas y los proyectos de renovación y de futuro, que dan identidad a esa misma colectividad. No existen reglas que definan cómo se da esta dinámica de construcción y reconstrucción, puesto que responde más a conductas espontáneas que se asumen, definen y redefinen diariamente.

Se habla entonces de distintos tipos de imaginarios: de la familia, de la juventud, de la organización política, de la sexualidad, de la educación; imaginarios del espacio, como territorios, croquis, límites, rutas, centros y periferias; del tiempo, de la muerte, del amor; del miedo, de lo religioso; y se habla también de sus mediaciones, como por ejemplo: mitos y ritos urbanos, fábulas urbanas, geografía simbólica, emblemas y fantasmas urbanos. (Silva, 2004, p. 24).

Reconocer los imaginarios urbanos de los habitantes de Cali, de Bogotá, de Tunja y de cada gran ciudad, nos permitirá comprender una de las matrices desde donde se está gestando la cultura, los criterios de juicio desde donde los habitantes entienden y juzgan su propia vida, la viven y la proyectan.

Armando Silva, en su estudios semióticos sobre la cultura bogotana (1989 y 1998) menciona los imaginarios referentes a la ciudad misma, a los ciudadanos, a las otras ciudades, los referentes a la historia de la ciudad, al carácter de los bogotanos, al número de ciudadanos, a las calles de la ciudad, al aseo, la recreación, el sentido cívico, la televisión etc. (Silva, 1997). Es todo un campo por explorar y aprender de las investigaciones que se están haciendo. (Bravo, 2007).

Los territorios urbanos

Uno de los efectos más interesantes de los imaginarios en la vida de la ciudad lo reconocemos en la manera como se le atribuye al espacio físico sentidos y valores más allá de su realidad, en lo que se ha llamado “territorializaciones y desterritorializaciones urbanas”. (Barbero, 1991).

El espacio físico, como primer referente de la ciudad, asume una nueva realidad cuando es “marcado” por los recorridos de los ciudadanos, quienes le atribuyen diversos significados, estableciendo nuevos centros, límites, periferias, fronteras, que existen como representaciones simbólicas, pero capaces de determinar los usos y los sentidos de la vida de los ciudadanos. (García Canclini, 1997, p. 109). Estos croquis mentales establecen un contexto dentro del cual los sujetos se autoreconocen, se sienten familiares y unos bordes simbólicos por fuera de los cuales se sienten extranjeros. Quien no conoce dichas fronteras y sus códigos se delatará como extranjero. Comportamientos, lenguajes, signos, marcan y reconfiguran el territorio físico y lo hacen ser la base de un territorio virtual con unos usos sociales y unos sentidos invisibles a los ojos de un extranjero. (Silva, 1997).

Un ejemplo claro lo encontramos en la construcción de centros comerciales, que luego de las distintas visitas y usos de los ciudadanos va adquiriendo un valor y un sentido específico. Es el punto de reunión, el lugar de interacción por excelencia; el lugar preferido por el 72,7 % de los bogotanos para hacer compras, de acuerdo con un estudio de Fenalco. (Espejo, 2006). Se habla de un promedio de 40 a 50 centros comerciales en Cali y en Medellín. O se habla de Unicentro de Tunja, de Pasto o de Pereira, los cuales, más allá de simples lugares para comprar son verdaderos territorios significativos para la vida de los que los frecuentan.

En Bogotá un estudio hecho en 1997 sobre la percepción de los ciudadanos frente al miedo, es decir los territorios marcados como generadores de miedo, dio el siguiente resultado: las localidades donde sus residentes viven en sus casas con más miedo son, en orden descendente: Ciudad Bolívar (80.7%), Santafé (67%), Engativá (64.6%), Suba (55.4%), Chapinero (55.2%) y Rafael Uribe (54.6%). Y las localidades en las que la gente trabaja o desarrolla sus actividades laborales con más miedo son: Engativá (63.2%), Santafé (58.4%), Rafael Uribe (55.4%).⁴ En las conclusiones de la investigación se afirma:

4 En la localidad de Engativá fue muy clara la estereotipación y estigmatización de barrios, en donde se les atribuye algunas características que los desacreditan... Por ejemplo, Las Ferias, desde la década del sesenta se estigmatizó

El miedo es un sentimiento muy marcado en la ciudad, que debilita, fragmenta y aísla a quienes vivimos en ella. Es un sentimiento que se aprende, se propaga y se contagia... Dado que los niveles altos de miedo en la ciudad imaginada resultan bastante frecuentes, más que en la ciudad usada, podemos afirmar que la ciudad es pensada con más miedo de lo que es efectivamente vida; esto tiene dos explicaciones: la ciudad usada es conocida con más detalle y la existencia de la imagen determina el alejamiento cotidiano de dichos lugares...El terror ha paralizado el movimiento y la organización de las comunidades, ha impuesto la desconfianza recíproca y el aislamiento como norma de convivencia ciudadana, ha normalizado y legitimado el abuso del poder y la violencia. (Niño, 1998, pp. 131-133).

Una tarea fundamental para la real interacción con la ciudad está en la elaboración de los croquis que territorializan nuestros barrios y señalan los usos, los límites desde los cuales los ciudadanos construyen la ciudad y se la apropian. Una caracterización o tipología de estas reterritorializaciones la hace el Espacio de Pastoral Urbana de México, identificando una serie de “ciudades invisibles” que nos exigen una diversificación de nuestra acción pastoral. (Bravo, 2008).

La experiencia religiosa urbana

Al tener en cuenta la dimensión imaginaria y simbólica de la sociedad urbana y su cultura, los pastoralistas han podido establecer la interacción entre la experiencia religiosa y el proceso mismo de construcción social de la realidad. De ahí que el campo de lo religioso refleje también el actual estado de fragmentación y recomposición de la cultura misma.

La mirada de esta realidad, desde la dinámica que crean los ciudadanos con sus imaginarios, y desde la relación de las simbologías religiosas, con las demás simbologías urbanas, ha permitido ampliar el horizonte de discernimiento de la religiosidad popular, como lo señala Seibold (2002); ha permitido reconocer las transformaciones mismas que ha sufrido el imaginario religioso por las transiciones de la

como Pueblo Quieto, porque se trancaban las puertas con cadáveres, y el barrio Bachué como Puerto Puñales por la cantidad de agresiones y heridos que allí resultaban...”, pp. 44-45. Cf. (Niño, 1998, pp. 44-45)

cultura moderna y posmoderna; y ha permitido entender mejor cómo los tiempos y espacios sagrados están siendo modificados por nuevos sentidos, de tal manera que las aspiraciones religiosas están siendo respondidas por realidades seculares de la ciudad, como lo reconocía Libânio (1996) también ha permitido entender de manera diferente el pluralismo de ofertas religiosas y el lugar imaginario que ocupa la Iglesia católica dentro del contexto urbano.

Reconocer la complejidad del tejido religioso urbano y su permanente recreación desde las dinámicas subjetivas y sus proyecciones simbólicas, es esencial para poder afrontar el desafío de una convivencia respetuosa de la diversidad religiosa, para el discernimiento de los signos del Reino de Dios en la ciudad y para el desarrollo de la actividad misionera inculturada.

La vuelta sobre los procesos simbólicos ha permitido reconocer, como lo evidencia el sociólogo Cristian Parker, una de las transformaciones más complejas que está viviendo el mundo contemporáneo, pues algunos bienes y servicios de la vida cotidiana, están adquiriendo una cualidad especial, más allá de su uso convencional, al ofrecer la posibilidad de satisfacer necesidades de tipo más profundo, de orden simbólico. Por ejemplo, los objetos desarrollados por las nuevas tecnologías y los sistemas de comunicación, como los celulares, las computadoras, la Internet, se están convirtiendo en verdaderos “íconos electrónicos”, en “mitos”, con una carga simbólica sagrada de *tremendos y fascinantes*, cuya posesión y uso posibilitan una especie de reinención maravillosa del mundo, en una dialéctica entre secularización y resacralización, que rompe la cotidianeidad (percibida como caos) y la resignifica (la hace cosmos). (Parker, 1993, pp. 285-286). Así, los bienes seculares están desplazando a los ritos litúrgicos y las simbólicas de las religiones tradicionales, en una especie de “*camuflaje de lo sagrado*”, como lo menciona Libânio:

Se produce en el mundo urbano un verdadero camuflaje de lo sagrado, al transferir a las realidades seculares estructuras propias del mundo religioso...El camuflaje, teológicamente hablando, dificulta la percepción del trascendente presente en la realidad humana. Establece una relación deformante entre trascendencia e inmanencia... En otros términos, lo religioso (templo) desciende

al nivel inconsciente, cuyas operaciones son incontrolables, mientras que lo profano (el centro comercial) comanda directamente las decisiones. Para una verdadera y auténtica experiencia religiosa, ambas realidades deben estar al nivel de la consciencia y de la decisión. Esta es una de las grandes dificultades teológico-pastorales de la ciudad. Las aspiraciones religiosas, se viven en el inconsciente, sin libertad ni control sobre ellas, ahogadas en un mar de requerimientos seculares. (p. 79).

Otros ejemplos de este efecto de camuflaje de lo sagrado se encuentran en la pasión por el fútbol, por las telenovelas, en la visita a los centros comerciales, en los nuevos parques de diversiones, en las “zonas rosas”⁵, en la pasión por los cantantes de moda y por la música profana en general, etc. Estas realidades-símbolo hacen replantear aquella difundida afirmación o temor, que dice que el problema más grande de la evangelización es la competencia que generan las sectas.

De igual manera, se puede verificar un proceso inverso, por el cual las simbologías sagradas que fueron generadas por el cristianismo, están siendo resignificadas por la sociedad de consumo, puesto que en su dimensión significante siguen siendo las mismas, pero en su dimensión significada han cambiado de acuerdo con los intereses de quienes manejan las dinámicas del mercado. El ejemplo más claro se tiene en la celebración de la navidad, resignificada como una temporada de compra y de fiesta, pero lejos de su real sentido cristiano.

El sociólogo colombiano William Beltrán, refiriéndose a este fenómeno de resignificación de la navidad, dice:

Una hipótesis al respecto es que la Navidad está adquiriendo nuevos significados, se mantiene la forma del ritual pero se transforma su contenido, acomodándose a los nuevos dioses y valores de un mundo pluralista, hedonista, consumista y globalizado... La Navidad ya no es una ocasión para fortalecer su fe cristiana, más bien representa un formato social para afianzar los lazos fraternales. La novena se convierte en una disculpa para estar juntos...

5 Un estudio semiótico sobre los deseos que mueven a los que frecuentan los bares de la zona Rosa de Bogotá y de otras dos zonas de la ciudad, mostró que se identifican con los deseos de quienes acuden a las diversas sectas que hay en la ciudad. Cf. J. Pérgolis, L. Orduz y D. Moreno, 1998.

Los medios de comunicación generan la percepción social de que la felicidad es directamente proporcional a la cantidad de regalos que se recibe y a su precio... La Navidad está mudando nuevamente para dejar de ser una fiesta cristiana y convertirse en una fiesta secular que rinde culto a nuevos dioses como el consumo y el placer. (Beltrán, 2004).

También se puede constatar la resignificación de las simbólicas sagradas oficiales, como la liturgia, causada por las dinámicas propias de la religiosidad popular o de las nuevas experiencias de religiosidad posmodernas, como la Nueva Era. El sentido original de los ritos litúrgicos, de las devociones a los ángeles, a los santos⁶, etc., convive con otros sentidos, conscientes o inconscientes, seculares o trascendentes, privados o públicos, que provienen de otros ámbitos o intereses. Esta re-significación, permite evidenciar el potencial creativo que siempre ha encerrado la dimensión subjetiva y simbólica de la cultura y de la experiencia religiosa, a pesar de las dinámicas de objetivación de lo religioso o de secularización que hay en la sociedad actual.

En general, toda esta complejidad de la experiencia religiosa en la ciudad ha dejado, luego del discernimiento, un gran interrogante sobre las prácticas pastorales actuales y su adecuación a estas situaciones (Libânio, 1996), pero sobre todo ha dejado un reconocimiento de cómo Dios sigue trabajando por extender su Reino, en medio de las dinámicas subjetivas y objetivas de construcción de la realidad social y del campo religioso, y un reconocimiento de la condición de búsqueda permanente de sentido en que vive el hombre, a través de la vida misma de la ciudad. Igualmente se constata la capacidad profética y crítica que sigue teniendo el Evangelio, al ser generador de imaginarios alternativos desde las dinámicas urbanas cotidianas de lucha por dar un sentido más humano y digno a la vida, sobre todo entre los excluidos, y que se constituyen en un llamado a la comunión y misión de la Iglesia, quien si permanece atenta a las voces y acciones del Espíritu

6 Un ejemplo está en el estudio sobre la devoción a San Judas y su imaginario de fertilidad, en México DF, mencionado en las mesas de trabajo del Congreso Interamericano de Pastoral Urbana (México DF, 2001). Cf. EPU, La ciudad: desafío a la evangelización, o.c., 266.

en la ciudad, debe responder con una acción evangelizadora actual, creíble y eficaz. (Trigo, 1992).

Nueva actitud y manera de acercarnos a la realidad urbana

El principio de Encarnación ha llevado al reconocimiento de cómo la ciudad, entendida ella como una construcción humana, también habla a su manera de Dios; de ahí que evangelizar no sea hablar de Dios a la ciudad, sino primero dejar que la ciudad hable de Dios, del Dios de la historia, del Dios de Jesucristo Resucitado, quien está tejiendo lo humano y lo divino en medio de las sombras y luces de la misma ciudad, en medio de esas múltiples ciudades invisibles, que existen bajo las mismas calles, casas, edificios y nombres, aunque “los dioses que habitan bajo esos nombres y en esos lugares se han marchado sin decir nada y en su lugar han anidado dioses extranjeros”, como decía Ítalo Calvino en su libro sobre las ciudades. (Calvino, 1990, p. 44).

Evangelizar la ciudad exige entonces a todos los agentes reconocerse primero como extranjeros que desean comprender cómo los ciudadanos van dando forma a su ciudad, cómo lo que se ve ha llegado a ser, también desde lo que pasa en la mente y en el corazón de sus habitantes; por eso no basta tener un mapa físico de la ciudad, un diccionario del idioma que allí se habla y un libro de las estadísticas sociales, para llevar a cabo los propósitos pastorales. Es necesario reconocer que el barrio no son solo calles, tiendas y gente, sino que hay una vida interior, una memoria y una imaginación que hace ver cada calle distinta, cada esquina con un matiz particular, pues una es la esquina de los jóvenes y la otra la de los obreros, en esta acera mataron una persona y en aquel lugar fue donde se apareció la Virgen. La “zona Rosa” no es sólo la calle llena de bares, sino que es el lugar de las experiencias que rompen la cotidianidad, el lugar del encuentro y de la espontaneidad que va más allá de todo. El centro comercial no es solo la acumulación de almacenes en un sitio, sino que es la oportunidad de estar seguros, de soñar con las vitrinas, de observar lo bello y tener la oportunidad de sentirse importante al comprar algo. Los problemas de la escuela no son solo los problemas de la falta de estudio, sino que las

dinámicas internas de interacción entre los pares dominan la atención y son la fuente de los conflictos o de las alegrías. El grupo parroquial no es solo la oportunidad de vivir la fe en el compromiso, sino que es la posibilidad de salir de la casa, de interactuar, de ser reconocido por otros, de respirar más allá de los problemas del hogar.

Cuando se está atento a la realidad urbana, en sus dimensiones objetivas y subjetivas, la misma ciudad empieza a decir qué se debe hacer y por dónde se puede hacer. La ciudad empieza a mostrar el drama humano que contiene, y los tesoros de humanidad que guarda; las dinámicas de democracia y justicia que genera, pero también las situaciones de exclusión.

Y si se fija la atención, como lo han analizado los pastoralistas, particularmente sobre la manera como los ciudadanos desarrollan esas dinámicas solidarias o cómo afrontan las de exclusión, con estrategias de supervivencia simbólicas impulsados por sus imaginarios solidarios, se van a ver más en claro los signos de la presencia de Dios y de su obra de salvación o por el contrario de su ausencia. Si se está atento a la manera como la gente en la ciudad, a través de ciertos ritos, símbolos o mitos, da un sentido particular a lo que hace para experimentar seguridad en medio de la fragilidad, o consuelo en medio del sufrimiento, o protección y dependencia de otro más poderoso en medio de la soledad, o redención en medio de la anulación y la injusticia presentes, se podrá empezar a entender por dónde la gente está buscando la experiencia religiosa, la experiencia de salvación, de trascendencia⁷; por dónde está Jesucristo salvando y por qué la Iglesia no está siendo suficientemente significativa para estas búsquedas.

Es interesante y pertinente el diagnóstico que hace J. Mardones de la situación: El diagnóstico... se puede condensar en los siguientes pasos: a) el catolicismo ha vivido una posición de dominio sociocultural que ha conducido a un formalismo sacramental; b) como consecuencia

7 También están a la base de esa experiencia religiosa re-significada la búsqueda de aquello que genera un sentimiento de solidaridad con todo el cosmos y su destino, un sentimiento personal de la dignidad moral y de responsabilidad ante los momentos importantes de la vida, un sentimiento de protección frente a lo desconocido y que causa temor.

nos encontramos frecuentemente con un sacramentalismo acartonado o ritualista desadaptado para la sensibilidad simbólica de nuestra sociedad y cultura, especialmente joven; c) de lo que se deduce la insuficiencia o carencia de alimentación simbólica de una sociedad y unos colectivos que buscan saciar esta hambre mediante otros rituales de tipo secular (reencantamiento de la sociedad). (Mardones, 2003, p.175).

Por supuesto ante este desafío se debe aprender a observar con mayor detenimiento, con mayor agudeza, y sobre todo aprender a discernir esas expresiones de búsqueda en medio del mercado simbólico que las ideologías dominantes han generado también para legitimarse a sí mismas y mantenerse. No se pueden hacer juicios *a priori*, sino que se debe escuchar-observar y discernir para poder responder.

Bien lo dice el Papa Francisco al referirse a la evangelización en las grandes ciudades:

Se impone una evangelización que ilumine los nuevos modos de relación con Dios, con los otros y con el espacio, y que suscite los valores fundamentales. Es necesario llegar allí donde se gestan los nuevos relatos y paradigmas, alcanzar con la Palabra de Jesús los núcleos más profundos del alma de las ciudades. No hay que olvidar que la ciudad es un ámbito multicultural. En las grandes urbes puede observarse un entramado en el que grupos de personas comparten las mismas formas de soñar la vida y similares imaginarios y se constituyen en nuevos sectores humanos, en territorios culturales, en ciudades invisibles. Variadas formas culturales conviven de hecho, pero ejercen muchas veces prácticas de segregación y de violencia. La Iglesia está llamada a ser servidora de un difícil diálogo. (S.S. Francisco, *Evangelii Gaudium* 74).

Bibliografía

- Antoniazzi, A. (1997). Novas reflexões sobre pastoral urbana. En J. Cobo. (Org.), *A presença da Igreja na cidade II, novas abordanges*, (pp. 76-79). Petrópolis, Brasil: Vozes.
- Antoniazzi, A. (1994). Princípios teológico-pastorais para una nova presenta da Igreja na cidade. En A. Antoniazzi; C. Caliman. (Org.), *A presença da Igreja na cidade*, (pp. 77-79). Petrópolis, Brasil: Vozes.
- Bobsin, O. (1997) «Processo de urbanização e ação pastoral. Anotações sobre a tese de Rolf Schünemann», *Estudos Teológicos*, 37/ 2, 175.
- Martín Barbero, Jesús, (1991) «Dinámicas Urbanas de la Cultura, en:<http://red.pucp.edu.pe/wp-content/uploads/biblioteca/080908.pdf>
- Beltrán, W. (Diciembre 26 de 2004). ¿Cuál es el actual significado de la navidad?, *Periódico de la Universidad Nacional*, <http://historico.unperiodico.unal.edu.co/ediciones/68/18.htm>
- Berger, P. y Luckmann, T. (1999). La construcción social de la realidad, Amorrtu, Avellaneda.
- Benedetti, L.R. (1994). A religião na cidade. En A. Antoniazzi; C. Caliman. (Org.), *A presença da Igreja na cidade*. Petrópolis, Brasil: Vozes.
- Bravo, B. (1994). Análisis de la urbe (Tipos de). En B. Bravo (Comp.), *Diccionario de la pastoral urbana*, (pp.12-17) s.e., México.

- Bravo, B. *Simbólica urbana y simbólica cristiana. Puntos de convergencia para la inculturación del evangelio en la urbe de hoy*. Universidad Pontificia de México, México, s.f.
- Bravo, B. (2007). Imaginarios urbanos. En J. Legorreta. (Dir.), *Diez palabras clave sobre pastoral urbana en América Latina*, (pp.47-78). Estella, España: Verbo Divino.
- Bravo, B. (2008). *La pastoral urbana (A la luz de Aparecida)*. Bogotá. Colombia: Celam.
- Calvino, I. (1990). *Las ciudades invisibles*. Madrid. España: Siruela.
- Centro de Estudios Ecuménicos (CEE). (2002). *Fenomenología de la urbe. Iglesia: ¿dónde, cómo y con quiénes estás?* En EPU, *La ciudad: desafío a la evangelización*. México D.F. México: Ediciones Dabar.
- Comblin, J. (1967). *Ciudad, teología y pastoral*. En A.A.V.V., *La Iglesia al servicio de la ciudad- Elpu*. Barcelona. España: Dilapsa-Nova Terra.
- Comblin, J. (1972). *Teología de la ciudad*, Estella, España: verbo Divino.158.
- Comblin, J. (1996). *VIVER NA CIDADE*, Paulus, São Paulo 18-30 São Paulo, Brasil: Paulus.
- Comissão Episcopal Regional Sul 1 (CNBB). (1997). *A coordenação pastoral nos centros urbanos*, São Paulo.
- Comissão Episcopal Regional Sul 1 (CNBB), (1981) “*Pastoral Urbana*”, Edições Paulinas, São Paulo.
- Congreso Interamericano de Pastoral Urbana (2001). Cf. EPU, *La ciudad: desafío a la evangelización*, México DF, o.c., 266.
- Contraloría General de la República, (2002) «Colombia: una sociedad excluyente», en *Colombia entre la exclusión y el desarrollo*, CGR, Bogotá, pp. 3- 40.
- Cruz, T. (1993). Da, A catequese e o desafio da cidade. São Paulo, Brasil: Paulinas.
- Cuervo, L M. (1996). Ciudad y complejidad: la magnitud del reto. En F. Giraldo; F. Viviescas. (Comps.), *Pensar la ciudad*. (pp. 21-44). Bogotá, Colombia: Tercer Mundo Editores-Cenac-Fedevivienda.
- Davey, Andrew, (2003). *Cristianismo urbano y globalización*, Sal Terrae, Bilbao, 53-72.

- Espejo, C. (25 de marzo de 2006). Los nuevos “paseos domingueros” en Bogotá se viven en los centros comerciales. Recuperado de: *El Tiempo*, <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1967498>
- Galilea, S. La urbanización y la Iglesia. Reflexión pastoral. (1967). En A.A.V.V. *La Iglesia al servicio de la ciudad- ELP*. Dilapsa-Nova Terra, Barcelona.
- García, C. N. (1997). *Imaginaris urbanos*. Buenos Aires, Argentina: Eudeba.
- Giraldo, F. (1996). La ciudad: política del ser. En F. Giraldo; F. Viviescas (Comps.), *Pensar la ciudad*. Bogotá, Colombia: Tercer Mundo Editores.
- González, A. (1983). *Una Iglesia más evangelizadora en las grandes ciudades de A.L.* Medellín, Colombia: CELAM.
- Libânio, J.B. (1996). A Igreja na cidade, *Perspectiva Teológica* 28, 16-18.
- Libânio, J.B. (1996). Missão da Igreja na cidade - Pastoral urbana. En J. Cobo (Org.), *A presença da Igreja na cidade II*.
- Libânio, J.B. (2001). As lógicas da cidade, O impacto sobre a fé e sob o impacto da fé, *Edições Loyola*, São Paulo, 72-74.
- Martín- Barbero, J. *Dinámicas Urbanas de la Cultura*. Ponencia presentada en el seminario “La ciudad: cultura, espacios y modos de vida” Medellín, abril de 1991. Extraído de la Revista Gaceta de Colcultura N° 12, Diciembre de 1991, editada por el Instituto Colombiano de Cultura. <http://132.248.35.1/cultura/ponencias/ponen2faseindice/Jes%C3%BAsmartin.htm>
- Méndez, R. (1990). *El fenómeno urbano*. Bogotá, Colombia: Celam.
- Mongin, O. (2006). *La condición urbana. La ciudad a la hora de la mundialización*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Niño, F. (1976). *La Iglesia en la ciudad*. Roma, Italia: Universidad Gregoriana.
- Niño, S. (1998). *Territorios del miedo en Santafé de Bogotá*. Bogotá, Colombia: Tercer Mundo editores – Observatorio de cultura urbana.
- Parker, C. (1993). A religiosidade urbana. Impacto da urbanização na religião numa sociedade subdesenvolvida. *REB* 53, fasc. 210. Vozes, 283.
- Pérgolis, J.C., Orduz, L.F. y Moreno D. (1998). *La ciudad de los milagros y las fiestas. Redes y nodos en las creencias y la rumba en Bogotá*. Colombia: Tercer Mundo – Observatorio de cultura urbana.
- Ramos, J. y Segovia, J.L. (2008). Realidad urbana y parroquia: análisis y contraste. En Universidad Pontificia de Salamanca – Instituto Superior

- de Pastoral. *A vueltas con la parroquia: balance y perspectivas*, (pp. 65-120). Estella, España: Verbo Divino.
- Red de Investigadores de Cultura Urbana Sobre Bogotá (Ricub), (1997). *Perspectivas desde un encuentro*, IDCT-Observatorio de Cultura Urbana-Fmpca, Bogotá pp. 45-74.
- Reguillo, R. (2005). *La construcción simbólica de la ciudad*. México D.F., México: Teso-Ibero.
- Romero, J.L. (1999). *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Medellín, Colombia: Editorial Universidad de Antioquia, Medellín.
- S.S. Francisco, *Evangelii Gaudium* 74.
- Scaralattelli, C. (1995). *A camuflagem do sagrado e o mundo moderno a luz do pensamento de Mircea Eliade*. (Dissertação de Mestrado) UFMG, Belo Horizonte.
- Seibold, J.R. (2002). Pastoral comunitaria urbana. En EPU, *La ciudad desafío a la evangelización, Segunda Parte*, (pp. 52-62). México D.F., México: Ediciones Dabar.
- Silva, A. (1987). Los escenarios urbanos. En: *Signo y pensamiento* 11, Universidad Javeriana, Bogotá, pp. 73-77.
- Silva, A. (1988). El territorio: una noción urbana», *Signo y pensamiento* 12, Universidad Javeriana, Bogotá, pp.81-91.
- Silva, A. Imaginarios. Métodos contemporáneos sobre ciudad: tribus, post-ciudades e imaginarios urbanos. En Fondo Mixto Para la Promoción de la Cultura y las Artes de Bogotá, D.C. (Ed.), *Red de investigadores de cultura urbana sobre Bogotá. Perspectivas desde un encuentro*. Bogotá, Colombia: FMPCAB 1997, pp.13-18.
- Silva, A. (1997). *Imaginarios urbanos*. Bogotá, Colombia: Tercer Mundo.
- Silva, A. (2003). *Bogotá imaginada*. Bogotá, Colombia: CAB-UN-Taurus.
- Silva, A. (2004). *Imaginarios Urbanos: hacia el desarrollo de un urbanismo desde los ciudadanos*. Bogotá, Colombia: Metodología, ed. Convenio Andrés Bello-UN.
- Taylor, C. (2006). *Imaginarios sociales modernos*. Barcelona, España: Paidós.
- Trigo, P. (1993). *Del Imaginario alternativo al imaginario vigente y al revolucionario*. Managua, Nicaragua: Centro Ignaciano de Centro América. pp. 19-32.

- Vergara, A. (2001) (Coord.), *Imaginarios: horizontes plurales*. Ciudad de México D.F., México: Conaculta-Inah.
- Viviescas, F.(2000). Pensar la ciudad colombiana: el reto del siglo XXI. En C. Torres, *et al.* (Comp.), *La ciudad: hábitat de diversidad y complejidad*. (pp. 51-52). Bogotá, Colombia: Universidad Nacional.
- Wanderly, L.E. (1994). Pastoral urbana: sujeitos e estruturas. En A. Antoniazzi; C. Caliman (org.). *A presença da Igreja na cidade*. (pp. 56-60). Petrópolis, Brasil: Vozes.